



Nantes (18 de Octubre de 1685), reemplazándolo por otros doce artículos. Esta medida, si no arbitraria, á lo ménos en extremo imprudente, exasperó á los calvinistas, perseguidos por otra parte por las violentas disposiciones de Louvois y de los misioneros con espuelas (*Dragonadas*), que él les envió para convertirlos. De aquí resultó la emigracion inmediata de setenta mil calvinistas que se retiraron á Inglaterra, Holanda, Dinamarca, y sobre todo al Brandeburgo.

Ningun país estaba más dispuesto á abrazar el protestantismo que los Países-Bajos, sometidos á su pesar al cetro de Carlos V, en frecuentes relaciones con la Alemania, y trabajados hacia mucho tiempo en el interior por discusiones literarias y escolásticas. Conociendo esto muy bien aquel emperador, hizo publicar inmediatamente en los Países Bajos el edicto de Worms contra Lutero, estableciendo inquisidores y decretando, para manifestar la formalidad de estas medidas, la ejecucion de Enrique Voes y de Juan Esch (1523). La Holanda se hizo, sin embargo, muy pronto teatro del fanatismo y de las crueles extravagancias de los Anabaptistas. Publicóse allí tambien una Biblia traducida en holandés, segun los principios de Lutero, por Jacobo Van Liesveld (1525). De aquí resultaron órdenes más severas del emperador (después de 1530). Pero su hermana Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos, cuya sincera adhesion á la Iglesia católica y nobles intenciones eran conocidas, supo moderar el rigor imperial. Desgraciadamente, Felipe II, al tomar el gobierno de los Países-Bajos (desde 1555), siguió una marcha opuesta, creyendo poder conservar la pureza de la doctrina católica con medidas severas y despóticas, que violaban hasta los privilegios garantidos y jurados. Los flamencos veían por otra parte con impaciencia que todos los cargos de importancia estaban desempeñados por españoles, aumentándose su descontento, cuando en lugar de las cuatro sillas episcopales de Utrecht, Arras, Cambrai y Tournay, se instituyeron catorce nuevos obispados por una bula que obtuvo Felipe II del papa Paulo IV (14 de Mayo de 1559), que erigia tambien en arzobispados á

Malinas, Cambrai y Utrecht. Los rigores del cardenal ministro de Granvelle no eran tampoco muy á propósito para tranquilizar los espíritus. A la cabeza de los descontentos se colocaron el subgobernador de los Países Bajos, Guillermo de Horange, y los condes de Egmont y de Hoorne. Guillermo completamente indiferente en religion, y con la esperanza de obtener la soberanía, se pronunció declaradamente en favor del protestantismo. Vióse unirse al partido de los descontentos, en el *compromiso* de 1565, hasta caballeros católicos, para obtener de la gobernadora la suspension de la Inquisicion y del edicto de religion con que se les amenazaba. Una circunstancia casual hizo dar á los diputados el nombre irónico de *Gueux* (mendigos), que continuó siendo el de los confederados. Es verdad que la diputacion habia declarado expresamente que queria conservar la Iglesia católica y á ella sola; pero en 1561 se vió aparecer un símbolo de los Países Bajos (*confessio Belgica*), que fué adoptado por cierto número de belgas que celebraban asambleas religiosas separadas y un culto público á su manera. Los numerosos calvinistas refugiados de Francia, animados por los magistrados y los caballeros, se pusieron á saquear y destruir, aún en las grandes ciudades, las iglesias y los conventos: la magnífica catedral de Amberes no pudo quedar al abrigo de su furor. La gobernadora, sin embargo, habia celebrado, después de la separacion del cardenal Granvelle, con Luis de Orange y doce caballeros un convenio que debia tranquilizar á los reformados. Á pesar de esto, levantaron el estandarte de la rebelion, exponiéndose á las eventualidades de una guerra, y fueron completamente sometidos cuando Guillermo de Orange se vió obligado á refugiarse á Alemania, y cuando el conde de Egmont abandonó el partido protestante (1567). Felipe II hubiera debido contentarse con este resultado; pero reemplazó á la prudente y dulce Margarita por el rudo y belicoso duque de Alba, á quien envió á los Países-Bajos á la cabeza de un numeroso ejército.

El duque empezó por establecer un *Consejo de Turbulencias* compuesto de doce miembros encargados en la pesquisa y castigo de los he-



rejes. Este consejo inmoló numerosas víctimas, entre ellas los condes de Egmont y de Hoorne, ejecutados ambos en Bruselas (6 de junio de 1568). Semejantes crueldades excitaron una nueva insurreccion en las provincias del Norte, que nombraron al príncipe de Orange gobernador de Holanda, Seelanda y Utrecht. El duque de Alba fué reemplazado por Requesens, hombre lleno de moderacion y de talento, cuya prematura muerte fué muy perjudicial á la dominacion española (1576); porque su sucesor D. Juan de Austria se hizo odioso á los flamencos, permitiendo así al príncipe de Orange que extendiese el influjo de los confederados sobre cinco nuevas provincias, «unidas para defenderse contra toda violencia que se les quisiera imponer en nombre ó interes del rey.»

Pero Guillermo, infiel á la declaracion, en virtud de la cual habia supuesto anteriormente «que tomaba las armas en defensa, tanto del Evangelio como de la Iglesia romana, á fin de conservar á los dos partidos la libertad religiosa (1568) y de mantener á los católicos en el pleno goce de sus derechos,» publicó en 1581 un decreto que prohibia el culto católico en Holanda, y que fué puesto en ejecucion. El armisticio de 1609 reconoció como república las provincias reformadas del Norte. La estrecha alianza de estas provincias con la Francia y la Inglaterra habia favorecido en ellas la dominacion del calvinismo, cuyos sínodos de Dordrecht (1564 y 1618) adoptaron los principios defendidos y desenvueltos por la universalidad de Leiden. Subsistió, sin embargo, en Holanda un gran número de católicos, y las provincias del Mediodía de la Bélgica permanecieron fieles á la Iglesia.

Encuétrase naturalmente una gran parcialidad entre los juicios de los protestantes sobre este punto. Han osado sin escrúpulo comparar la rápida organizacion del protestantismo con los lentos progresos que hizo el cristianismo en su nacimiento, sin tener en cuenta que las circunstancias eran enteramente diferentes, pues que por un lado el desprecio y las más sangrientas persecuciones fueron la herencia de los primeros cristianos, mientras que por el otro se prometían á los sectarios de las nuevas

doctrinas las libertades y favores más extensos.

Nosotros nos atenderemos á los hechos para emitir nuestro juicio de una manera imparcial. 1.º Las serias quejas que se habian levantado en los concilios universales contra abusos constantes, ayudaron en gran manera la empresa de Lutero. Se le escuchó con favor cuando se declaró, como otros obispos bien intencionados, contra los abusos, y principalmente contra el de las indulgencias, tanto más, cuanto en los primeros tiempos pretendió Lutero enseñar la doctrina pura de la Iglesia católica y no llevar otro objeto que la abolicion de los abusos y la mejora de la disciplina. Así fué como engañó á muchas gentes, no sólo entre el pueblo, sino entre los sábios, como Willibaldo Pirkheimer. Si desde el principio hubiese desechado los dogmas de la Iglesia, muchos de sus partidarios hubieran temblado y retrocedido ante el pensamiento de separarse positivamente de la Iglesia católica.

2.º Lutero y sus partidarios no perdonaron medio alguno para desfigurar la doctrina católica y presentar su propio sistema como la pura y verdadera enseñanza del Evangelio. No se avergonzaron de hacer pasar á los ojos de los ignorantes el santo sacrificio de la misa por una impiedad, y el culto de los santos como una idolatría.

El símbolo de los calvinistas pretendia tambien que «la verdad pura y divina se halla desterrada de la Iglesia romana; que los Sacramentos han sido pervertidos y falseados por ésta, y que en ella se cree y práctica toda clase de supersticiones é impiedades.» Partiendo de este principio, escribía Lutero con una seguridad tal, que no dejaba á los que una vez le habian concedido su confianza, la menor duda sobre la verdad de sus asertos. La *tiranía* de los papas está descrita con los colores más vivos en sátiras sangrientas y en libelos injuriosos. Se exaltaba con exageracion, y á veces de la manera más inconveniente, la libertad evangélica.

3.º No puede ménos de reconocerse que los escritos violentos y populares de Lutero, Zuínglio y otros, entre muchos errores, encerraban



muchas cosas verdaderas, bellas y razonables; y Melancton, Calvino y Beza, agradaban y seducian singularmente por su estilo puro y clásico. La solicitud de Lutero y sus partidarios por la instruccion religiosa de la juventud y del pueblo, fué tambien muy útil á su causa.

Los catecismos de Lutero, acogidos con gran favor, excitaron poderosamente el celo de los católicos por el cumplimiento de un deber tan formal y tan sagrado. El pueblo quedó satisfecho de oír el culto divino en la lengua nacional. Poco instruido por el clero católico, no comprendia el sentido, el valor, los motivos del uso de la lengua latina, ni conocia apenas el precioso tesoro que encierra la liturgia romana. Descubriábase de pronto todo lo que hay de tierno, de profundo y de dulce en las oraciones de la Iglesia; las entendia, las comprendia y se le daba la comunión del cáliz, por tanto tiempo pedida y tan ardientemente deseada. Todo esto debia preparar al pueblo á acoger favorablemente las nuevas doctrinas.

4.º Lutero halagaba al pueblo poniéndole en las manos una nueva Biblia, de la que cada uno debia ser libre intérprete. Lo seducia con esta mentira repetida bajo mil formas: «Aunque el derecho de enseñar pertenece á todo cristiano, el clero se ha atribuido á sí sólo el derecho de leer la Biblia, porque ha previsto que concediéndoselo á todos, caerian los privilegios del sacerdocio, y que el pueblo seria igual en todo al clero.» La doctrina de Lutero sobre el siervo arbitrio y la fé que justifica por sí sola, tranquilizaba al pueblo sobre sus pecados y sobre el medio tan fácil de remediarlos. Gozábbase con verse desembarazado de las penosas prácticas de la confesion y del ayuno. En fin, el solo atractivo de la novedad, siempre tan poderoso, bastaba para revolucionar las masas.

5.º Lutero tuvo tambien la habilidad de mezclarse en la lucha de los humanistas y escolásticos y de ganar entre éstos un gran número de partidarios, de la misma manera que habia sabido sacar partido de la guerra declarada por muy buenos obispos á los abusos eclesiásticos. Supo aprovechar tambien los mal dirigidos ataques de sus primeros adversarios, la

imprudente discusion de Leipzig y el intempestivo uso de la bula de excomunion, al mismo tiempo que se servia hábilmente de la imprenta, todavía muy nueva, para extender rápidamente y á largas distancias el ruido de su empresa.

6.º Lutero ganó á los malos eclesiásticos y á los frailes sin vocacion, aboliendo el celibato y los votos monásticos, que pesaban mucho á algunos de ellos. Una vez rota la valla, la sensualidad y el temor del castigo no les permitian retroceder.

7.º La política vino igualmente en socorro del protestantismo. Sin que Lutero hiciera expresa mencion de ello, se prevenian las importantes consecuencias de su obra, bajo este concepto. Los atrevidos ataques dirigidos contra una autoridad antigua y respetable, el llamamiento á la razon individual y al sentido privado en el dominio religioso, tuvieron muy pronto su eco en la esfera temporal. Desechadas las órdenes del papa, ¿podian respetarse las recomendaciones del cura? Tratando los reformadores sin consideracion alguna á las testas coronadas, ¿podia mantenerse el pueblo mucho tiempo en los límites de la obediencia? El labrador que pensaba poder decidir lo que era preciso pensar de las cosas divinas, ¿no se permitiria tambien tener su opinion en materia de caza y de derechos de pastos? Si votos hechos libremente no obligaban ya al religioso, ¿por qué habia de oprimir eternamente al pueblo una servidumbre impuesta contra la voluntad de Cristo? Lutero ahorró además al pueblo el trabajo de sacar estas conclusiones, desenvolviéndolas explícitamente en su doctrina de la libertad de los hijos de Dios, y la guerra de los aldeanos demostró cuán pronto fué comprendido.

«El pueblo, dice un gran panegirista de los reformadores, abrazó ávidamente la Reforma, no porque de un golpe hubiese cambiado de sentimientos, hubiese renunciado á sus antiguas preocupaciones, reconociendo la verdad de las nuevas doctrinas y experimentando su excelencia, sino porque su corazon se conmovió con la voz armoniosa de la libertad que resonó en sus oidos y que ha ejercido en todo tiempo un poder mágico en un pueblo opri-



»mido.» «Estas gentes, decia tambien Melancton gimiendo, acostumbradas en adelante á la libertad, despues de haber sacudido el yugo de los obispos, no admitirán ningun otro. ¿Qué les importan la doctrina y la religion? No secuidan sino de la libertad y del poder.»

8.º Observa Schiller que por una singular coincidencia concurren dos hechos políticos al cisma de la Iglesia: uno, la preponderancia súbita de la casa de Austria que amenazaba la libertad de la Europa y armó á los príncipes; y otro, el activo celo de esta casa por la antigua religion, celo que sublevó á las mismas naciones.

«Los príncipes, dice Menzel, aprovecharon con tanto más gusto esta ocasion, cuanto esperaban libertarse de la soberanía del emperador.» «La oposicion contra la autoridad imperial, añade Menzel, que en otro tiempo habia unido á los príncipes con el pontificado contra el imperio, los echó en un camino enteramente contrario, haciéndoles abrazar el cisma como un nuevo medio de libertarse, cuando vieron al emperador salir á la defensa de la causa del pontificado.» Otro motivo inclinaba á los príncipes hácia el protestantismo; porque:

9.º Lutero los animaba formalmente á apoderarse de los bienes de las iglesias y conventos, concediéndoles en su sistema el soberano poder eclesiástico. De este modo despertó en su corazon una codicia contra la que él mismo debió pronunciarse más tarde. «Hay muchos príncipes todavía, dice en uno de sus sermones, que son verdaderamente evangélicos, porque hay todavía muchos viriles católicos y bienes monásticos que coger.» Sus conversaciones de sobremesa entregan al diablo á los príncipes y nobles que guardan para sí los bienes arrebatados á las iglesias, dejando á los servidores del Evangelio en una pobreza tal, que se están consumiendo con sus mujeres é hijos.

«Lutero y Calvino, dice Federico el Grande, no eran muy grandes cabezas, pero consiguieron propagar rápidamente sus doctrinas, de la manera que se ve salir bien en su mi-

»sion á embajadores de mediano talento que tienen que hacer valer condiciones ventajosas.» Para no perder estas ventajas:

10. Emplearon los príncipes todo su poder temporal, á fin de introducir en todas partes la Reforma. Los hechos son tan patentes sobre este punto, que Jurieu, enemigo jurado de la Iglesia católica, dice francamente: «Es incontestable que la Reforma se ha hecho por el poder de los príncipes. Así es que en Ginebra se hizo el Senado: en otras partes de la Suiza el Consejo general de cada canton; en Holanda, los Estados generales; en Dinamarca, en Suecia, en Inglaterra y en Escocia, los reyes y los Parlamentos. Los poderes del Estado no se contentaron con asegurar plena libertad á los partidarios de la Reforma, sino que llegaron hasta quitar á los papistas sus iglesias, y prohibirles todo ejercicio público de su religion. Además, el Senado prohibió en ciertas localidades el ejercicio secreto del culto católico.» «En Silesia, dice Menzel, se estableció la nueva iglesia, especialmente por la proteccion de los príncipes y autoridades. La mayor parte de los comunes, fieles á sus antiguas prácticas, estaban muy distantes de pensar en cambio alguno de religion. Los aldeanos polacos, como los de la lengua alemana, adoptaron la forma religiosa que introdujeron sus señores. En Suecia fué Gustavo Wasa, el libertador de su patria, el que abrazó la nueva doctrina, porque creyó necesario dar esplendor á su nuevo trono con las riquezas y poder quitados al clero. En Inglaterra fueron el divorcio de Enrique VIII y las diferencias que con este motivo se suscitaron entre el papa y el rey, las que dieron ocasion á la Reforma.» En este mismo sentido, dice Federico el Grande en sus Memorias: «Si se quieren reducir las causas del progreso de la Reforma simplemente á los principios, se verá que en Alemania fué obra del interés, en Inglaterra del amor, y en Francia de la novedad.»

Observaremos, en fin, que ninguno de aquellos príncipes tan entusiastas por la Reforma, se distinguió por la lealtad de su conducta ni por la pureza de sus costumbres. No hay más que comparar al voluptuoso y cruel Enri-



que VIII, al sensual Felipe de Hesse, al incrédulo y ligero Alberto de Prusia, á los déspotas de la Dinamarca y de la Suecia, Cristian II y Gustavo Wasa, con los principes católicos contemporáneos, incomparablemente más no-

bles, más puros y más elevados, como Jorge, duque de Sajonia, Maximiliano, Cárlos V, Fernando II, Alberto, duque de Baviera, y otros.

### CAPÍTULO II.

#### Continuacion de los progresos del protestantismo.—Su consolidacion.—Su direccion cientifica. Sus discusiones intestinas.

El luteranismo, como todas las sectas de la edad media de los Cátaros y Valdenses, y todas las de los tiempos anteriores, pretendió renovar la Iglesia apostólica, destruyendo los abusos de la católica, y apoyándose en la Sagrada Escritura, como fuente única de la fe. Esto de apelar exclusivamente á la autoridad de la Sagrada Escritura fué siempre el principio fundamental de los nuevos sistemas, aunque las discusiones más importantes hubiesen demostrado su insuficiencia, siendo preciso muy frecuentemente recurrir á la tradicion tan desdeñosamente desechada. Desde entónces caia de hecho la autoridad y existencia de una Iglesia visible, infalible y santificante, institucion divina anterior á la redaccion de la Sagrada Escritura. En su lugar se sustituia con el ideal de una Iglesia invisible que unia entre sí á los verdaderos creyentes de todos los lugares de la tierra. La consecuencia inmediata de este principio era una incertidumbre necesaria y una variacion perpétua en los mismos dogmas fundamentales. Laenseñanza doctrinal se abandonó al arbitrio y á la casualidad, pareciendo que se iba á abrir en Europa un gran curso de teología experimental.

Despues de haber constituido con esto formalmente la anarquía en las nuevas comunidades religiosas, fué preciso volver á la institucion de una autoridad, para dar á la sociedad espiritual el indispensable fundamento de los dogmas comunes. A este efecto se redactaron los libros simbólicos, que no pudieron conservar una autoridad duradera, por lo mismo que eran producto de las opiniones humanas.

Los adversarios de la Iglesia católica habian opuesto á la doctrina de la necesidad de las obras, singularmente desfigurada por ellos, la absurda doctrina de la justificacion por la fe sin las obras. Desarrollándose el luteranismo, llegó poco á poco á ser el protestantismo, ó la protestacion universal, la negacion de toda doctrina, no en cuanto era falsa, sino en cuanto era enseñada por la Iglesia católica. Así Lutero, protestando contra el Papa, no quiso admitir la comunión ni bajo la una, ni bajo las dos especies. Así los luteranos, protestando contra todo lo que venia de Roma, se negaron tenazmente á admitir las tan importantes reformas introducidas por Gregorio XIII en el calendario. Los teólogos protestantes declararon que siendo el Papa el Antecristo queria intro-